



Una propuesta de oración para la celebración de la 49ª Jornada Mundial de la Paz 2016

Vence la indiferencia y conquista la paz

2016 es el Año del Jubileo extraordinario de la Misericordia, que se celebra desde el 8 de diciembre de 2015 - Solemnidad de la Inmaculada Concepción – hasta el 20 de noviembre de 2016 - Solemnidad de Nuestro Señor Jesucristo, Rey del Universo.

“Este Año Extraordinario es también un don de gracia. Entrar por la puerta significa descubrir la profundidad de la misericordia del Padre que acoge a todos y sale personalmente al encuentro de cada uno. Es Él el que nos busca. Es Él el que sale a nuestro encuentro" [...] “vivamos, más bien, *la alegría del encuentro con la gracia que lo transforma todo*”.

(Papa Francisco,
Homilía para la apertura de la Puerta Santa de la Basílica de San Pedro, el 08 de diciembre 2015)

El Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz de este 2016 lleva por título **Vence la indiferencia y conquista la paz** y con él el Santo Padre invita a todas las personas de buena voluntad, en particular a las que trabajan en la educación, los medios de comunicación y la cultura - cada una actuando de acuerdo con sus posibilidades y sus mejores aspiraciones – a experimentar la alegría de la gracia transformadora, que nos permite construir juntas un mundo más consciente y misericordioso, y, por tanto, más libre y justo.

Se ofrece este recurso desde el Pontificio Consejo “Justicia y Paz” para todas las Comisiones “Justicia y Paz”, las Asociaciones y los Movimientos eclesiales, las capellanías universitarias y parroquias, con la esperanza de que pueda ser útil en la preparación de una misa, oración u Hora Santa para celebrar la Jornada Mundial de la Paz.

Todo este material escrito puede ser reproducido. Agradecemos el previo aviso. El Pontificio Consejo “Justicia y Paz” da gracias a *Pax Christi Inglaterra y Gales* por la idea inicial de este trabajo y la *Comisión General de Justicia y Paz de la Conferencia Episcopal Española* por la traducción.
© Consejo Pontificio para la Justicia y la Paz 2015

Introducción a la Liturgia / meditación / Hora Santa

Celebrante: Estamos reunidos aquí hoy para hacer un momento de oración y reflexionar sobre el tema elegido por el Santo Padre para el Mensaje anual de la Jornada Mundial de la Paz: Vence la indiferencia y conquista la paz.

Vamos a leer y meditar algunas sugerencias de las palabras que el Papa Francisco ha escrito en el *Mensaje*:

Celebrante / Lector: “No perdamos la esperanza de que 2016 nos encuentre a todos firme y confiadamente comprometidos, en realizar la justicia y trabajar por la paz en los diversos ámbitos. Sí, la paz es don de Dios y obra de los hombres. La paz es don de Dios, pero confiado a todos los hombres y a todas las mujeres, llamados a llevarlo a la práctica” (§ 1).

Algunas formas de indiferencia

“Es cierto que la actitud del indiferente, de quien cierra el corazón para no tomar en consideración a los otros, de quien cierra los ojos para no ver aquello que lo circunda o se evade para no ser tocado por los problemas de los demás, caracteriza una tipología humana bastante difundida y presente en cada época de la historia. Pero en nuestros días, esta tipología ha superado decididamente el ámbito individual para asumir una dimensión global y producir el fenómeno de la «globalización de la indiferencia»” (§3).

La primera forma de indiferencia en la sociedad humana es la indiferencia ante Dios

“El hombre se siente autosuficiente; busca no sólo reemplazar a Dios, sino prescindir completamente de él. Por consiguiente, cree que no debe nada a nadie, excepto a sí mismo, y pretende tener sólo derechos” (§3).

La paz es amenazada porque:

“La indiferencia ante Dios supera la esfera íntima y espiritual de cada persona y alcanza a la esfera pública y social. Como afirmaba Benedicto XVI, «existe un vínculo íntimo entre la glorificación de Dios y la paz de los hombres sobre la tierra». En efecto, «sin una apertura a la trascendencia, el hombre cae fácilmente presa del relativismo, resultándole difícil actuar de acuerdo con la justicia y trabajar por la paz»” (§4).

La indiferencia ante Dios conduce a la indiferencia ante el prójimo

“La indiferencia ante el prójimo asume diferentes formas. Hay quien está bien informado, escucha la radio, lee los periódicos o ve programas de televisión, pero lo hace de manera frívola, casi por mera costumbre: estas personas conocen vagamente los dramas que afligen a la humanidad pero no se sienten comprometidas, no viven la compasión. [...] en otros casos la indiferencia se muestra como falta de atención ante la realidad circunstante, especialmente la más lejana. Algunas personas prefieren no buscar, no informarse y viven su bienestar y su comodidad indiferentes al grito de dolor de la humanidad que sufre” (§3).

La paz es amenazada porque:

“La indiferencia, y la despreocupación que se deriva, constituyen una grave falta al deber que tiene cada persona de contribuir, en la medida de sus capacidades y del papel que desempeña en la sociedad, al bien común, de modo particular a la paz, que es uno de los bienes más preciosos de la humanidad” (§4).

y, finalmente, la indiferencia ante el ambiente natural

“Al vivir en una casa común, no podemos dejar de interrogarnos sobre su estado de salud, como he intentado hacer en la *Laudato si'*. La contaminación de las aguas y del aire, la explotación indiscriminada de los bosques, la destrucción del ambiente, son a menudo fruto de la indiferencia del hombre respecto a los demás, porque todo está relacionado. Como también el comportamiento del hombre con los animales influye sobre sus relaciones con los demás, por no hablar de quien se permite hacer en otra parte aquello que no osa hacer en su propia casa” (§3).

La paz es amenazada porque:

“[...] la indiferencia respecto al ambiente natural, favoreciendo la deforestación, la contaminación y las catástrofes naturales que desarraigan comunidades enteras de su ambiente de vida, forzándolas a la precariedad y a la inseguridad, crea nuevas pobrezas, nuevas situaciones de injusticia, de consecuencias a menudo nefastas en términos de seguridad y de paz social. ¿Cuántas guerras ha habido y cuántas se combatirán aún a causa de la falta de recursos o para satisfacer a la insaciable demanda de recursos naturales?” (§4).

Celebrante: Pidamos al Señor que cambie nuestros corazones para superar este tipo de indiferencias que no nos permiten lograr ese don de Dios que es la Paz (cf. § 1).

Señor Jesús, únicamente en ti puede encontrarse la verdadera paz.

Señor, ten piedad

Cristo Jesús, tú nos enseñaste a ser misericordiosos como nuestro Padre celestial. Que “no pasemos de largo” frente a la urgente necesidad de nuestros semejantes.

Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú nos diste nuestra casa común: es tuya, llena de tu presencia y tu tierno amor.

Señor, ten piedad.

Lecturas

- Gen. 4, 1-16: Caín y Abel
- Salmo 34: El Señor es bueno y misericordioso, lento a la ira y rico en piedad.
- Lc. 10, 29-37: El buen samaritano

Homilía o reflexión

Peticiones

(Promover una cultura de solidaridad y misericordia para vencer la indiferencia)

Celebrante: ¡Dios no es indiferente! ¡Dios se preocupa por la humanidad! ¡Dios no nos abandona! (§ 1) Del mismo modo, Dios, en su Hijo Jesús, ha bajado entre los hombres, se ha encarnado y se ha mostrado solidario con la humanidad en todo, menos en el pecado. Reconozcamos las necesidades que nos rodean tanto las personales, como en la Iglesia y en el mundo, confiando en que Dios no es indiferente a nuestras peticiones.

Y respondemos: **En tu misericordia, Señor, escucha nuestra oración**

1. En este Año de la Misericordia, oremos para que toda la Iglesia puede llegar a ser una parábola de la compasión de Dios, un lugar donde todos puedan encontrar la reconciliación y la paz.

En tu misericordia, Señor, escucha nuestra oración.

2. Oremos por quienes lideran las naciones: “para que se evite arrastrar a otros pueblos a conflictos o guerras que destruyen no sólo las riquezas materiales, culturales y sociales, sino también —y por mucho tiempo— la integridad moral y espiritual; para abolir o gestionar de manera sostenible la deuda internacional de los Estados más pobres; para la adoptar políticas de cooperación que, más que doblegarse a las dictaduras de algunas ideologías, sean respetuosas de los valores de las poblaciones locales y que, en cualquier caso, no perjudiquen el derecho fundamental e inalienable de los niños por nacer” (§ 8).

En tu misericordia, Señor, escucha nuestra oración.

3. Oremos por las familias, “llamadas a una misión educativa primaria e imprescindible. Ellas constituyen el primer lugar en el que se viven y se transmiten los valores del amor y de la fraternidad, de la convivencia y del compartir, de la atención y del cuidado del otro. Ellas son también el ámbito privilegiado para la transmisión de la fe desde aquellos primeros simples gestos de devoción que las madres enseñan a los hijos” (§ 6).

En tu misericordia, Señor, escucha nuestra oración.

4. Oremos por las personas que se dedican a la educación y la formación, “que tienen la ardua tarea de educar a los niños y jóvenes, y están llamados a tomar conciencia de que su responsabilidad tiene que ver con las dimensiones morales, espirituales y sociales de la persona”, y a tomar conciencia de que la gente joven está sedienta de la alegría “que brota de vivir día a día la caridad y la compasión por el prójimo, y de participar activamente en la construcción de una sociedad más humana y fraterna” (§ 6).

En tu misericordia, Señor, escucha nuestra oración.

5. Oremos por quienes se dedican a la comunicación, que “tienen también una responsabilidad en el campo de la educación y la formación, especialmente en la sociedad contemporánea, en la que el acceso a los instrumentos de formación y de comunicación está cada vez más extendido” (§ 6). Que sea su cometido “sobre todo el de ponerse al servicio de la verdad y no de intereses particulares” (§ 6).

En tu misericordia, Señor, escucha nuestra oración.

6. Oremos para que la sociedad civil se sienta llamada a “hacer gestos concretos, actos de valentía para con las personas más frágiles de su sociedad, como los encarcelados, los emigrantes, los desempleados y los enfermos” (§ 8).

En tu misericordia, Señor, escucha nuestra oración.

7. Oremos por la reconciliación donde hay conflicto; por la paz donde hay guerras. Recordamos especialmente hoy [nombrar una situación de opresión o violencia que desea recordar...].

En tu misericordia, Señor, escucha nuestra oración.

8. Pedimos la bendición de Dios para quienes trabajan por la paz y la justicia, para quienes no callan ante la injusticia o el dolor humano, para quienes afrontan riesgos por la paz: para los miembros que, “con ocasión de epidemias, calamidades o conflictos armados, afrontan fatigas y peligros para cuidar a los heridos y enfermos, como también para enterrar a los difuntos; [...] las personas y las asociaciones que ayudan a los emigrantes que atraviesan desiertos y surcan los mares en busca de mejores condiciones de vida.” (§ 7); y para todas las personas, las familias, las parroquias, las comunidades religiosas, los monasterios y los santuarios, que han respondido rápidamente al llamamiento del Papa para acoger a una familia de refugiados (cf. § 7).

En tu misericordia, Señor, escucha nuestra oración.

Celebrante: En un momento de silencio, presentemos al Señor Jesús, nuestra propia sed de paz y nuestras oraciones personales.

Celebrante: Pon en nuestros corazones, Señor, una nueva canción, una canción de alegría y de paz. Guíanos más allá de la indiferencia, al amor de tu Reino, y escucha nuestras oraciones.

Todos/as: Amén

Padre Nuestro

"Jesús nos enseñó a ser misericordiosos como nuestro Padre celestial (cf. Lc 06:36). [...] Él enseñó a sus oyentes, y en particular a sus discípulos, a que aprendan a detenerse ante los sufrimientos de este mundo

para aliviarlos, ante las heridas de los demás para curarlas, con los medios que tengan, comenzando por el propio tiempo, a pesar de tantas ocupaciones” (§ 5). Desde nuestra senda para encontrar el camino que conduce al Padre, decimos / cantamos:

Padre Nuestro ...

Bendición final

Si la persona celebrante es un sacerdote:

Que el Señor os bendiga y os guarde.

Todos/as: Amén

Que haga resplandecer su rostro sobre vosotros y tenga misericordia.

Todos/as: Amén

Que os mire con bondad, y os dé su paz.

Todos/as: Amén

Que Dios Todopoderoso os bendiga, en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Todos/as: Amén

Si la persona celebrante no es un sacerdote:

Te alabamos, Padre nuestro; te damos gracias por llamarnos a ser tu pueblo, y por elegirnos para darte gloria. De manera especial, te damos gracias por el don de ser instrumentos tuyos para la paz y la justicia en nuestro tiempo. Limpia nuestros corazones y nuestras vidas con tu palabra santa y haz que nuestra oración te sea agradable. Guíanos por el Espíritu a seguir en los caminos de Jesús.

A ti, Padre, toda la gloria y la alabanza por los siglos de los siglos.

Amén

Himno final